

EDICIÓN Y NOVELA EN ARAGÓN (1940-1999)

Ramón Acín

Aragón, dicen, es tierra de contrastes. Del Pirineo al Sistema Ibérico, de la montaña al llano, del desierto a la vega del Ebro y sus afluentes, del despoblado a la ciudad... y, también, de un glorioso pasado en cuanto a la impresión y edición a una comunidad signada por la carencia. José Luis Acín y José Luis Melero pasaban lista en un reciente artículo a la edición habida en Aragón de 1975 a nuestros días y abrían sus comentarios con frases que abundan también en este contraste citado:

Aragón ha sido desde siempre tierra propicia para los impresores y editores. Las bibliografías de Juan Manuel Sánchez, Manuel Giménez Catalán, Antonio Peiró y Ricardo del Arco, aun siendo algunas de ellas incompletas, prueban fehacientemente que en Aragón siempre se imprimieron libros, a pesar de no contar nunca con un elevado número de habitantes y de ser escasa la burguesía culta que pudiera demandar y adquirir esa producción.¹

Sin duda existió en el pasado ese esplendor editorial que recogen estas bibliografías. Un esplendor quebrado por el zarpazo de la guerra civil que, en gran medida, se sustentaba sobre pies de barro. Ni había masa lectora ni hubo jamás una verdadera burguesía culta, los dos pilares básicos que se diluyeron, aún más, tras la fecha de 1936-1939, llegando a límites insospechados, tal como se encargan de certificar quienes, atentos al devenir de su entorno, trazan y emiten panorámicas sobre la cultura del momento.²

La resultante será un nuevo cúmulo de circunstancias que, cuando exista la posibilidad de un renacimiento de la edición —tal como sucede a lo largo del último tercio del siglo xx—, se mostrarán con fuerza, uniéndose a las siempre habituales. En consecuencia, Aragón continuará en gran medida ajeno a la creación y, sobre

¹ Confere «La edición en Aragón (1975-1997)», *Rolde*, 82-83 (1997-1998), pp. 166-175. El subrayado es nuestro.

² Son muy útiles las panorámicas de Juan Moneva (años 40), Luis Horno Liria (años 50 y 60) y Juan Domínguez La-sierra (años 70-90).

todo, apoyándose en exceso sobre aspectos de ocio pasivo. Ni siquiera el mundo de la enseñanza, motor habitual, servirá para el desarrollo de la edición.

En suma, la realidad editorial de nuestros días acaba siendo otra muy diferente de la pensada. Y ello es así a pesar de que los medios de difusión, las presentaciones de libros, los catálogos, las reseñas e, incluso, hasta las ferias del libro, descentralizadas por comarcas, ofrecen una imagen y una sensación de empuje editorial. En general, la calidad está subyugada a la cantidad, el negocio se superpone a la literatura,³ la falsedad a la esencia... Deben observarse estos nuevos factores, exógenos en su mayoría, y añadirlos a los característicos y visibles de penuria en décadas precedentes. Todos ellos hablan más de un espejismo de pujanza que de verdadera pujanza editorial. En la actualidad, no obstante, también es cierto que, cuando menos, esta constituye una red de soportes antes inexistentes y, por tanto, la posible y más factible aparición de autores.

UNA RETROSPECTIVA VELOZ

Para obtener una acertada visión del Aragón cultural de nuestros días es obligatorio recurrir al pasado y analizarlo someramente desde la inmediata posguerra. Para ello, partiendo de Zaragoza como ejemplo —que, por extensión y todavía mayor carga negativa, debe ser aplicado a Huesca y Teruel— resulta muy útil el artículo de Eloy Fernández Clemente «La sociedad zaragozana, 1943-1960».⁴ En él, el autor abre pistas sobre afirmaciones contundentes que provienen de personalidades muy informadas en torno a situaciones culturales y momentos concretos; afirmaciones que fueron emitidas en prensa, a medio camino entre lo informativo y la opinión, «radiografiando» la realidad cultural aragonesa, caracterizada especialmente por su nulidad en cuanto a soportes estructurales para la cultura.

Tanto Juan Moneva como Luis Horno Liria, refiriéndose a Zaragoza, enumeran los defectos y problemas de la ciudad epicentro de Aragón y de la sociedad que la define. Hablan de su falta de miras, del chabacanismo, del pilarismo fácil en busca de lucro —la Virgen «como origen de renta (con perdón sea dicho)», afirma Moneva—, del deslumbramiento barato ante la jota... y de artistas que abandonan la región por falta de apoyo.⁵ En suma, el panorama aragonés está dominado por tonalidades mortecinas y grises, donde apenas sucede algo digno que pueda mencionarse, a no ser el mero y simple transcurrir. De nada sirven en este ambiente refugios de corte liberal

³ Cubrir los gastos de la edición con aporte del autor, tal como se hace en algunos casos, no conlleva el espíritu editorial. Para ello ya está, desde siempre, el más noble e, incluso, hasta loable concepto de autoedición.

⁴ En *Zaragoza, 1940-1960. Cultura, economía y sociedad*, Zaragoza, IFC, 1996.

⁵ Así lo concreta en 1955 Guillermo FATÁS OJUEL en *Amanecer*, circunstancia que permanece hasta la década de los 80 por falta de estructuras y apoyo mínimos. Véase también Ana María NAVALES, *Antología de narradores aragoneses contemporáneos*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1980.

como el Ateneo, carentes de poder y fuerza para proporcionar o alentar un cambio como el deseado por Horno Liria a comienzos de la década de los 60:

Estamos ante la encrucijada que puede conducirnos al rango de una simple ciudad industrializada, como Manchester, o al de una ciudad completa, total, con presente risueño y porvenir prometedor y pasado glorioso. Y eso solo lo puede conseguir para Zaragoza el trabajo de sus industriales y el esfuerzo de sus universitarios debidamente conjuntado.⁶

Cambio y deseo que seguirá en el cielo de los imposibles hasta bien mediados los 70. Además, junto a estas radiografías ejecutadas por protagonistas activos de la cultura están también los hechos, que abundan en idéntica tozudez.

Años 40

Durante la década de los 40 y en lo que a estructuras editoriales se refiere —incluidos los soportes casi volanderos de las revistas literarias—, apenas pueden mencionarse apoyos a la literatura y la cultura. Salvo *Proa* (1940), publicación del SEU que junto a la política y las ciencias dedica espacios a las manifestaciones culturales, *Pilar* (1945), dedicada a «Artes y Letras», y *Doncel* (1948), apenas existen foros de cierta relevancia e influencia en una Zaragoza continuamente calificada como tosca, gris, difícil, superficial, hosca, amante del lucro rápido «que desprecia cuanto no fuera útil, sobre un fondo de hambre y silencio popular».⁷ Alguna tertulia, algún coloquio y el reducido recinto universitario, en buena medida desconectado de la sociedad.⁸ Nada más. Ni colecciones de textos ni antologías y, por supuesto, nada de editoriales dedicadas a la literatura,⁹ aunque surjan autores de calado nacional o con buen prestigio en el momento (Labordeta, *Sumnido 25*, 1948, y *Violento idílico*, 1949; Rosa M^a Aranda, *Boda en el infierno*, 1942, cinematográficamente *Cabotaje*) o perseveren en su labor creativa otros ya conocidos (I.-M. Gil, *Homenaje a Goya*, 1946, en Pórtico).

Años 50

La década de los 50 supone, en principio, un pequeño enriquecimiento, aunque el balance continúe siendo igualmente pesimista si se compara Aragón con

⁶ Leer, comentar, contar, Zaragoza, IFC, 1996, p. 142.

⁷ Fernando LÁZARO CARRETER, *Estudios en homenaje al Dr. Eugenio Frutos Cortés*, Zaragoza, Universidad, 1977.

⁸ Tertulias «Joven Academia» y «Teatral», Universidad y Principal respectivamente. También coloquios de estudiantes en el CMU Cerbuna y, por supuesto, el magisterio de J. M^a Castro y Calvo, J. M. Bleuca, E. Frutos o I.-M. Gil.

⁹ Los escasos conatos literarios de publicación habrá que buscarlos en individualidades como la edición privada de Irene y J. M. Bleuca *Dos poemas*, de I.-M. Gil (1946), o en circunstancias exógenas como la conmemoración en torno a Goya (Pórtico, *Homenaje a Goya*, de I.-M. Gil).

otros predios peninsulares. Los panoramas literarios de Luis Horno Liria (1952 y 1956) no dejan lugar para la duda. Zaragoza y Aragón son un territorio que «solo parece floreciente a quienes pasan por ella sin detenerse a estudiarla».¹⁰ A quienes viven, la opresión y la angustia los devora.

No obstante, por mucho que los círculos culturales sean reducidos y muy minoritarios, algo comienza a moverse. Proliferan las revistas literarias, estando en consonancia con la aparición de nuevos autores, jóvenes y combativos en su mayoría. Al lado del premiado Santiago Lorén (Planeta 1953 con *Una casa con goteras*) o de trabajadores incansables como el poeta Manuel Pinillos (siete libros durante los 50), los jóvenes son quienes comandan las revistas *Almenara* (1950), *Ámbito* (1951), *Ansi* (1952), *Andábata* (1952), *Orejudín* (1958) y *Papágeno* (1958), prueba de una agitación reciente, a principio y fin de la década, circunstancia que se ve acompañada con la aparición de los primeros soportes «serios» a la edición, al menos a la edición creativa. Se trata de colecciones que apuestan por ir más allá de la reunión que supone la tertulia o del conglomerado que conforma la revista. Y, aunque no posean todavía la independencia necesaria —en parte son añadidos a la revista— y el aditamento económico propio de la empresa editorial, constituyen un embrión básico y, sobre todo, ofrecen los primeros soportes de verdad a unos autores totalmente desprotegidos y abandonados.

El aldabonazo lo ejerce la colección «Tagore» (1954, poesía) y siguen la colección «La Covacha» (1956) y la colección «Orejudín» (1958) y, finalmente, la *Editorial Coso Aragonés del Ingenio* (1959). «Orejudín», ligada a revista del mismo nombre que comandó J. A. Laborjeta, publica en sus siete años de existencia diez volúmenes, creando una sensación de continuidad que no se observa en sus predecesoras, quienes solo editan un volumen cada una. Esta continuidad se ve reforzada por *Coso Aragonés del Ingenio*, que en 1959 abre todas las posibilidades: poesía (colección «Dezir», dos entregas), prosa (colección «Alcorce», ocho entregas) y ensayo (colección «Raíz», dos entregas). Y, además, aunque sus promotores están ligados al mundo de la cultura,¹¹ ofrece una perspectiva diferente: mínimo concepto de editor. Pese a todo, su incidencia es insignificante. Ninguno de estos sellos editores traspasa fronteras. Todo queda reducido a Zaragoza y a sus grupúsculos culturales. Con todo, son el inicio. Un inicio en el que quizá también, por su interés a largo plazo, debe citarse el despegue de trayectorias oficiales como los Institutos de Estudios (Altoaragoneses, Turolenses). No debe olvidarse tampoco la labor de la Institución Fernando el Católico (IFC), creada después de la guerra, ni el empuje de *Librería General* (colección «Cronos», por ejemplo) y, por supuesto, *Biblioteca Clásica Ebro* en la labor difusora de los clásicos, de la mano de J. M. Blecau.

¹⁰ Luis HORNO LIRIA, *Ensayos aragoneses*, Zaragoza, IFC, 1979, p. 202.

¹¹ Emilio Alfaro, José Anguiano, Emilio Gastón y Joaquín Mateo Blanco.

Años 60

Esta atonía generalizada de la sociedad aragonesa y, en especial, en la cultura,¹² a pesar de los escarceos citados, persiste en gran medida durante los años siguientes. Solo la poesía y los grupos poéticos —la figura de Miguel Labordeta ejerce un indudable magisterio— se manifiestan como el motor literario y editor de Aragón en gran parte de los años 60. De ello queda constancia con las revistas literarias *Despacho Literario* (1960), *Poemas* (1962) y *Cuaderna Vía* (1965), que continúan con el bullir guadianesco, tan caracterizador de las revistas literarias.

No obstante, frente a la década precedente, los 60 conllevan algunos aspectos de interés. Son aspectos que hablan de cambios con el futuro como fin último y con miras mucho más universalistas. *Despacho Literario* significa que, además de la locura de la OPI, se da en Zaragoza la existencia de un foco cultural con eco fuera de Aragón, ya que es capaz de atraer a sus páginas a lo más granado de la creación poética española del momento. Frente a tan fuerte brillar, a la menos importante y más ecléctica *Poemas* le cabe el honor —siguiendo la línea marcada por «Orejudín»— de crear una colección que perdurará en el tiempo, especialmente después de fenecer la revista que la amamanta, publicando un total de 56 títulos (de 1962 a 1986). Es decir, le cabe el honor de levantar una editorial en todos los sentidos. Y, en cuanto a *Cuaderna Vía*, hay que observar que su aparición conlleva el aporte novedoso de compaginar universidad y creación, luego retomado con *Poesía universitaria* en los 70 y *Gaudeamus*, etc. en los 80.

Junto a lo anterior, otros dos detalles también significativos. De un lado, la aparición de *Alcoraz* (1962), cuadernos altoaragoneses de cultura y arte; de otro, ya en 1968, la separata de la revista *Zaragoza* (XXVIII), que publica *Poesía bilbilitana*. La cultura aragonesa comienza a descentralizarse y deja de ser eminentemente zaragozana.

Aunque en estos años fenecen la editorial de pomposo título *Coso Aragonés del Ingenio* (1961) y la colección «Orejudín» (1965), su testigo es recogido, bien por intentos titubeantes como la colección «Papageno» (una entrega, 1960) o la colección «Adarce» (una entrega), bien por singladuras serias, es decir, con ansias de pervivencia y universalismo. Así sucede con la mencionada *Poemas* (Luciano Gracia, 56 entregas hasta 1986), que, desde el mirador de la poesía y con enorme gusto tipográfico, traspasa fronteras uniendo las letras aragonesas con el resto del territorio español. Celaya, Aleixandre, Rosales, Otero, Labordeta, J. A. Gómez... serán algunos de los publicados y con ellos *Poemas* se convierte en clara referencia del quehacer poético peninsular.

La renovación constante —pese a la pobreza si se ejerce la confrontación con los epicentros editores de España— es cada vez más atinada y con menos dosis de

¹² LUIS HORNO LIRIA emite su correspondiente certificado en 1962. *Ensayos aragoneses*, cit., pp. 201-202.

voluntarismo. En general, con ser una década en apariencia yerma en cuanto a estructuras, debe apuntarse que no sucede así en cuanto a intentos de evitar esa sensación de erial. Ciertamente que, en su mayoría, todos estos intentos ni siquiera llegan al alumbramiento sólido, es decir, a dar el paso de la idea o del estado de ilusión hasta la realidad —*Ediciones Jaunakos*, por ejemplo—, pero su potencialidad es real y acabará estallando. Sucede a fines de los años 60 con la colección de poesía «Fuentetodos» (*Ediciones Javalambre*), que entre 1969 y 1973 llegará a los 18 volúmenes. Otro tanto debe decirse de la colección «San Jorge» (1969) de la IFC, activa hasta finales del siglo xx. Son trayectorias pensadas con recorrido largo y con sucesión de títulos que atienden a una sosegada atención de calidad, aunque todavía presenten un carácter sesgado y minoritario —dedicación especial a la poesía, cada vez con menor incidencia social— y recalén, en gran medida, en el localismo.

Al lado de estos natalicios editoriales, inclinados como se ha observado hacia la poesía y que solo en casos muy determinados llegan a ser adultos, el grueso de la sociedad camina por derroteros muy parecidos a los observados en décadas anteriores. La sociedad aragonesa apenas presenta cambios, salvo los que conciernen al tiempo en su obligado remozamiento. La cultura y la creación existen en sí mismas; es decir, apenas un punto más allá del círculo cerrado de sus creadores, aunque estos crezcan en cantidad¹³ y anuncien la mayor pujanza y movimiento de los años venideros, agitados por factores extraños en los que la literatura y la cultura tendrán consideración de «arma» para la agitación social. Una condición que ya se observa desde los años 50 pero que, al extenderse por capas universitarias y burguesas, adquiere un vigor más acentuado, quizá demasiado sesgado hacia el espejismo, como el tiempo acabará demostrando.

Un ejemplo claro de lo anterior será que lo propio, lo aragonés, comienza a sentirse con fuerza, preludiando el estallido preautonómico de los 70. A este espíritu, ambiguo en exceso, responden algunas recuperaciones y retrospectivas del momento. Y, sobre todo, la presencia de artículos en periódicos y revistas sobre el pasado aragonés y sus manifestaciones literarias y culturales. Por su valor cabe citar que, en 1967, Francisco Oliván Baile lleva a cabo el primer análisis-recuperación de *Cuentos aragoneses* (CAMPZAR), siguiendo los pasos de los apuntes y antología que en 1953 había iniciado J. A. Sánchez Pérez en *Mosaico baturro. Notas sobre literatura aragonesa*.

EL DESPEGUE DE LOS 70

Al inicio de los 70 se dibuja una clara prolongación de la década precedente, incluso con menor brillo en el territorio editor si se realiza una comparación. Será

¹³ A los novelistas y poetas de épocas precedentes, premiados y considerados en el momento, se unen los más jóvenes, en especial la hornada denominada «generación del 65». El listado de los Gil, Lorén, Torrente, Labordeta, Pinillos, Derqui... aumenta de forma muy considerable: Gil Novales, Castellón, Tomeo, Navales, Rey del Corral, Guinda, etc.

necesario llegar y traspasar la mitad de la década para observar el comienzo del giro que va a producirse. Esta atonía tan persistente es visible incluso en el, hasta ese momento, fértil y activo territorio de las revistas. En consonancia con el trepidar de la época, las revistas dejan de ser el motor literario y cultural que siempre las había caracterizado y, cuando no callan, se cargan de tintes no literarios. La sociedad dirige sus energías hacia otras facetas más sociales y más combativas. Los autores, bajo el concepto opositor de la literatura como arma de combate, parece que también andan en ello. De ahí que, en medio de la confusión y la falta de dirección estética,¹⁴ la cultura y sus formas de expresión y soporte habituales enmudezcan. Significativo es, por ello, el lapso temporal que media entre el final de *Cuaderna Vía* (1966) y la aparición de *Albaida* (1977), revista comandada por Ana María Navales y Rosendo Tello y la última de verdad antes de *Turia*, *El Bosque* y *La Expedición*.¹⁵ Igualmente, en estos casi diez años, corre pareja una similar ausencia de soportes para la edición. Pues, aunque continúan su quehacer *Javalambre* y *Fuendetodos*, no hay nuevos naticios. Se vive una especie de ralentización.

Sin embargo, sobre la mitad de la década, cuando la sociedad ya trepida al sonar de la autonomía y la libertad, comienza un estallido. Después de dos o tres ensayos como los de la colección «Aula de Poesía» (1973-1975, 35 breves entregas), la Editorial Litho Arte (poesía, 11 entregas entre 1974 y 1976; prosa, tres volúmenes, 1975-1976) o la apuesta del librero José Alcrudo, que se dedica también a editar (Pórtico), el renacer de la producción editorial aragonesa está en marcha.¹⁶ En 1975, Ángel Guinda crea *Publicaciones Porvenir Independiente* y su colección «Puyal», que llegará hasta 1982, habiendo editado 22 volúmenes. «Puyal» entrevera y atiende lo propio de Aragón con la creación del resto peninsular, buscando la calidad. Seguirán intentos individuales e institucionales (IFC, «Mor de Fuentes» y «Narraciones», con doce títulos).

Son los instantes previos, de preparación, para el asalto que quiere ser final. La iniciativa privada entra de lleno con sentido puro de industria editorial. Surgen *Librería General* (1976) y la colección «Aragón», con dirección de Guillermo Fatás; *Guara Editorial*, en 1978 («Colección Básica Aragonesa» y «Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses», esta última dirigida por José-Carlos Mainer), y también en 1978 *Ediciones Heraldo de Aragón*. Cerrando la década todavía arrancan *Olifante*, que llega hasta el 2000 (a partir de 1990, con subvención de Ibercaja), y las más breves *Di-*

¹⁴ En el intermedio, surgen revistas universitarias de escaso aliento, ámbito reducido y, por lo general, tendentes a la endogamia.

¹⁵ La etiqueta social hace aguas y los experimentalismos han desterrado todavía más la afición por la lectura. Sociedad y cultura forman un único conglomerado de acecho permanente frente a la dictadura. El panorama se presenta tumultuoso, turbado y sin norte.

¹⁶ Según declaraciones de Francisco Cedán, presidente del Instituto Nacional del Libro, Zaragoza es la quinta provincia en volumen de producción. Véase Juan DOMÍNGUEZ LASIERRA, *Revistas Literarias Aragonesas*, Zaragoza, IFC, 1987, página 34.

wan/Poesía y colección «Sender». Todas ellas se proyectan hacia la década siguiente, abarcando todo el panorama artístico, histórico o social.

En este fervor por redescubrir lo aragonés, apenas existe un tema interesante —para la sociedad que nace a la autonomía— que no posea tratamiento y título:¹⁷ poesía, novela, crónicas, ensayo, antología, recuperaciones, estudios... Todo cabe en la obligada búsqueda de la esencia y raíz de un pueblo que debe marcar sus fronteras e idiosincrasia frente a los territorios limítrofes, de enorme potencial, aunque su lengua específica sea el castellano.

Ahora bien, toda esta efervescencia no surge de la nada. Por un lado, ya se ha mencionado, los nuevos aires sociopolíticos y culturales empujan en esa dirección,¹⁸ pero por otro son producto de una sedimentación derivada de las décadas anteriores¹⁹ y que, por fin, da lugar a soportes y a un ambiente propicio para iniciar el desarrollo cultural. Al lado de las editoriales mencionadas surgidas en los 70 también debe resaltarse el valor de los premios literarios por su animación y agitación para la cultura. De entre todos ellos²⁰ el más importante será el «Ciudad de Barbastro», que, además de descubrir o apoyar a autores aragoneses —Tomeo, Navales, Zapater, García Badell, L. C. Moliner—, alcanzará proyección nacional e internacional, dada la nómina de sus ganadores y la repercusión de las obras aparecidas en Bruquera, su primer sello editor.

17 En literatura, junto a la significativa «Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses» (Marcial, P. Alfonso, B. Foz, S. Kossti, Jarnés, Gil, Gil Novales), recuperaciones de J. Costa, estudios básicos (*La novela aragonesa en el siglo XIX*, de J. L. Calvo / Rosa Andrés; *Aragón legendario. Cuentos, recontamientos y conceptillos aragoneses*, de J. Domínguez Lasierra) y antologías (*Antología de la poesía aragonesa contemporánea*, de A. M^a Navales).

18 La cultura está bien vista, viste y además sirve en lo sociocultural y en la recuperación. Tanto la prensa —nace *Andalán*— como las editoriales buscan lo aragonés. Y así, junto a autores contemporáneos (especialmente un llorado Miguel Labordeta, recién fallecido), las recuperaciones costumbristas de López Allué (Ayuntamiento de Huesca, 1972). Un interés que se observa en la Universidad y en el trabajo de los intelectuales, dentro y fuera de la Comunidad: Manuel Alvar (*Aragón*, 1977), Aurora Egido (*La poesía aragonesa del XVII*, 1979), Antonio Beltrán (*De nuestras tierras y nuestras gentes*, 1973), Ildelfonso-Manuel Gil (*Escritores aragoneses [ensayos y figuras]*, 1979), José M^a Lacarra (*Aragón en el pasado*, 1972), José Cella Iturriaga (*Romancero aragonés*, 1973), José-Carlos Mainer (*La Edad de Plata*)...

19 Los autores de años precedentes (Gil, Gállego, Camón Aznar, Alvar, Lorén, etc.), triunfantes en el momento, comparten espacio con novelas de distinta edad y dirección. Desde desconocidos que irrumpen con fuerza juvenil, como el grupo «Folletos» (Barreiro, Bru, Checa), hasta otros más formados que, con el tiempo, consiguen fama y reconocimiento público (Navales, Tomeo y su premio «Ciudad de Barbastro», el eterno finalista del «Nadal», García Badell). La sociedad literaria ha aumentado en cantidad y también en calidad. De esto último no solo queda constancia en el aumento de obras y nombres sino en el eco que se obtiene fuera de la Comunidad. El ejemplo más significativo proviene en primer lugar del terreno poético: dos antologías de poetas aragoneses en la revista malagueña *Caracola* (julio/agosto de 1971, febrero de 1973). Y, en segundo lugar, del mundo de los premios: Pedro Pablo Padilla (*Del ático al entresuelo*, Ateño de Sevilla, 1971), Eduardo Valdivia (*¡Arre, Moisés!*, finalista de Alfaguara), José Luis Alegre Cudós (*Diálogo de Cid Mio con Mio Cid*, Adonais, 1972) o Manuel Alvar (*Aragón, literatura y ser histórico*, Premio Nacional de Literatura, 1977). Y, junto a lo anterior, también debe resaltarse la inclusión de autores aragoneses en editoriales catalanas y madrileñas (Gil Novales, en Lumen; Gabriel García Badell, en Destino y Argos-Vergara).

20 La euforia del premio literario como marca «cultural» de la entidad convocante llenó España de un galimatías de premios —discotecas, restaurantes, librerías, ayuntamientos, etc.— aberrante. Sin embargo, en Aragón la seriedad de todos ellos es sintomática. No así su permanencia, reducido espacio y capacidad de convocatoria. La moda. Entre los más influyentes, además del «Ciudad de Barbastro», el «San Jorge» (IFC), «Mor de Fuentes» (Monzón), «Padre Llanas» (Binefar), «Luzán» o «Baltasar Gracián».

A todo lo anterior debe añadirse también que la sociedad zaragozana abunda más en tertulias, recitales, conferencias²¹ e, incluso, atiende el teatro, nacido al compás del trabajo de grupos independientes —Teatro Estable, 1972—. Ya no cabe duda: los ensayos de grupo, dependientes de revistas, o las empresas «solidarias» —«cultura de oposición»— comienzan a ceder terreno ante la aparición, embrionaria a veces, de empresas editoriales. Son todavía pequeñas pero poseen conciencia de empresa, aunque, si se llevan a cabo comparaciones con otras zonas de la península, lo que sobresale es su debilidad.²²

Esta eclosión editorial conlleva la aportación de factores novedosos que también deben ser tenidos en cuenta. Son factores que adquieren mayor importancia con el paso del tiempo y que, en parte, delimitan con precisión algunas de las futuras directrices del mundo editorial. Ya no se trata de unas estructuras que, como hasta ese momento, se vuelquen en servir a la creación, sino de estructuras que, naciendo al abrigo de una realidad social e histórica positiva —rastreo del pasado para conformar la esencia de lo aragonés—, se diversifican y tienden hacia aspectos más en consonancia con el presente y la acción y, sobre todo, más en consonancia con lo económico. El factor beneficio y rentabilidad entra en liza frente al romántico apoyo a la cultura.

Este renacer fue positivo en lo cultural y lo social porque supuso revitalizar y reactualizar la literatura regional, así como incidir y profundizar en los múltiples aspectos que definen la esencia de lo aragonés y buscar una querencia creíble de lo propio, una querencia con capacidad para inyectar dosis de autovaloración y credibilidad de la que todavía en pleno 2001 anda necesitada la literatura creativa en Aragón. Por todo ello, no es arriesgado pensar que estos cinco o seis años de la década de los 70 son básicos para el comienzo de un vivero creativo y reflexivo, para la obligada y dignificadora autovaloración y, por fin, para sentir la sensación de que se puede pensar en una vida literaria y cultural en Aragón. Sin embargo, también es cierto que este renacer conllevó un sabor agrio, de desencanto. En ello incide la falta de planificación y de estudio de campo. Quienes se lanzaron a crear editoriales no intuyeron el vértigo de cambio permanente en el que entraba una España atada, ni la evidente moda que acompañaba a la autonomía de una España centralista, ni en la rápida saturación de un mercado reducido y empobrecido en cuanto a población y con escaso hábito lector. Aragón no pudo asumir la producción. La decadencia estaba al caer. Apenas comenzó a enfriarse la euforia del autonomismo, los soportes creados sintieron el zarpazo y la crisis volvió al sector. Sucedió así, aunque

²¹ Son de interés los programados por Horno Liria en el Ateneo (1972: Lázaro Carreter, A. Grosso, J. Benet, M. Andújar, G. Celaya), por la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja (Hugh Thomas, J. Marías, S. de Madariaga, etc.).

²² Los análisis más acertados los ofrecen J. DELGADO («Cuarenta años de cultura aragonesa», *Andalán*, 352) y J. DOMÍNGUEZ LASIERRA (*Revistas Literarias Aragonesas*, IFC, 1987). Véase también *Opi-Niké. Cultura y arte independientes en una época difícil*, Ayuntamiento de Zaragoza, 1984.

solo fuese por un tiempo. De ahí que, en los 80, en gran medida el sector privado recogiera velas y que, por el contrario, abundase la edición institucional.

Pese a todo lo anterior, desde la perspectiva narrativa, los 70 no ofrecen un saldo acorde con lo esperado. La novela sigue siendo el género con menos apoyo, salvo en el cauce de los premios literarios.²³ En parte porque en Aragón, fiel a la tradición de las décadas anteriores, la poesía ocupa el lugar preferido de los círculos de cultura y de las editoriales que se crean —autosubvención, autopromoción—. En parte porque este género ha sufrido una merma en su prestigio por el aburrimiento que caracteriza a los últimos coletazos del realismo social y a las piruetas del experimentalismo que le sustituye. Y, finalmente, porque la sociedad en su conjunto ha optado por la retrospectiva y la recuperación, de un lado, y por la comprensión y reflexión de los problemas presentes, de otro. Ambos inciden en un presente que se está viviendo con enorme intensidad, rapidez y ansiedad. La dictadura se abandona por fin y la esperanza de la democracia llama con rapidez. El periodismo, con su inmediatez, tomará cartas en el asunto y será testigo fiel, vehículo y arma de los eventos sociales —con mayor intensidad en la década siguiente, a partir del 23-F—. La literatura —y, más en concreto, la novela— pierde una función que tal vez nunca debió asumir y que, tal vez también, creyó propia y para siempre.

Ante lo observado anteriormente, es normal que las editoriales aparecidas apenas den cabida a los autores del momento. Guara y Herald, las más abundantes en manifestaciones literarias, se dedican a valores del ayer que, además de servir para formar la personalidad y esencia de la comunidad, son más seguros económicamente. La aparición de nuevos valores será fruto de premios —Tomeo, Soledad Puértolas, Ana María Navales, etc.— y de su aparición en editoras madrileñas y catalanas.

LOS 80. EL DESENCANTO Y EL DESIERTO. LA EDICIÓN INSTITUCIONAL

La repercusión de algunos hechos sociales y culturales en el panorama editor español se manifiesta en Aragón de forma tardía,²⁴ lo cual no significa que la Comunidad Aragonesa sea diferente del resto de la península. Así, si el «estallido» editorial de los 70 en Aragón se produce casi al final de la década, otro tanto debe aplicarse a sus resultados. Por ello, cuando al inicio de los 80 en España se comienza la apuesta en favor de la novela, en el predio aragonés habrá que esperar casi a

²³ Véase mi artículo «"Narrativa aragonesa" actual: una aproximación seguida de dos autores (José M^a Latorre y Javier Tomeo)», *Alazet*, 3 (1991), pp. 9-82.

²⁴ Nada menos que en 1980 se inicia la *Gran Enciclopedia Aragonesa* (Unali, 1980-1983), la obra que comienza a sentar las bases de la Comunidad. Durante el resto de los 80 seguirían otras obras igualmente básicas: *Enciclopedia Temática Aragonesa*, *Geografía Aragonesa...*, que asimismo son claves para el desarrollo editorial y son motor de otras posibilidades de acercamiento.

la década siguiente para que la edición, en una fase de crisis, desencanto y casi desértica, comience a caminar.

Como ya se ha dicho, la euforia autonómica lanzó la edición hacia una alegría desproporcionada que no tuvo en cuenta la base lectora y muchísimo menos la capacidad de absorción. Es decir, privó más el entusiasmo que el análisis de la realidad. Y, aunque era necesario —además de obligatorio— sentar las bases de lo esencial y de la idiosincrasia aragonesa, el hartazgo fue enorme. Los efectos positivos pronto sucumbieron ante el descalabro económico. Y la crisis subsiguiente resultó lógica, una crisis que —en menor grado sobre las grandes obras tendentes a configurar la Comunidad— atacó por todos los lados, dejándose sentir de forma especial en la casi ausencia e, incluso, inexistencia de estructuras reales para la creación hasta bien entrada la década. Una cuestión diferente será la investigación, que, aunque pobre, existió.

Es sintomático, por ejemplo, que en los 80 se vuelva a esquemas del pasado, ofertando, aunque titubeantes en su mayoría, apoyos a la poesía;²⁵ que todos los intentos de crear unas editoriales serias, destinadas a la creación, no lleguen a cuajar salvo en su manifestación momentánea o muy puntual,²⁶ y, sobre todo, que los apoyos más seguros sean de carácter institucional, coincidiendo con una retirada de lo privado, retirada que es una resultante tanto de la crisis producto de una mala planificación como de la necesidad partidista en lo político de rodearse y revestirse de cultura.²⁷ Solo a mediados de la década, cuando la novela ha triunfado ya en España y se ha convertido en moda y está siendo jaleada por todos los suplementos literarios y revistas de cultura, comenzarán a emerger nuevas intenciones. Serán intenciones de escaso calado, pobres y circunscritas al entorno, sin el punto de mira más allá de las fronteras propias —en gran parte de los casos se reducen a la ciudad de origen—. No obstante, debe decirse que estas preludian ya el más ambicioso caminar de los 90. A ello responden la colección «Isabel de Portugal» (Diputación de Zaragoza, narraciones) y «La gruta de las palabras» (Universidad, poesía), en la vertiente institucional, o «Cave Canen», «Cuadernos de Aretusa»... en lo privado.

Al ejecutar una retrospectiva bibliográfica se observan algunos aspectos de enorme validez explicativa. Las antologías —esquema de agrupación que permite hablar de producción, cantidad y direcciones— vuelven a estar dedicadas especialmente a la creación poética, coincidiendo con el titubeante apoyo editorial comen-

²⁵ Colección de poesía de Ediciones Torrenueva (1981, una entrega), «Pliegos Cierzos del Norte» (1983, una entrega), «Cuadernos de Poesía Uriol» (1984)...

²⁶ Colección «La máquina de escribir» (1981, dos entregas), la interesante y fallida Unali-Narrativa (1981-1982, siete volúmenes).

²⁷ «La gruta de las palabras» (1985, Universidad de Zaragoza), Colección Cultura Popular (Ayuntamiento de Zaragoza, 1980-1986, 23 entregas), Colección «Isabel de Portugal» (Diputación de Zaragoza, 1986)...

tado.²⁸ Frente a estas, apenas hay recopilaciones similares en cuanto a la narrativa, género en la década. Tan solo cabe citar, abriendo los 80 y más como aspecto derivado de años precedentes, la *Antología de narradores aragoneses contemporáneos*, con selección e introducción de Ana María Navales.

Sin embargo, sí que arrecian los ensayos indagatorios y las investigaciones sobre la cultura y la literatura, con capacidad para ir más allá de las fronteras del territorio. Lo mismo que los artículos en revistas y prensa diaria o los análisis sobre la cuestión cultural.²⁹ Otro tanto sucede con los cursos, los ciclos y las conferencias, que por lo general acabarán recogidas en libro. Es decir, el pasado y la actualidad comienzan a poseer una importancia pareja en la recepción cultural, en la investigación y en la percepción de la Comunidad Aragonesa. De ahí que, al lado de ensayos como *El modernismo literario en Aragón*, de José Luis Calvo Carilla (IFC, 1989), se encuentren antologías como *La poesía aragonesa del barroco*, de José Manuel Bleuca (Guara, 1986) o recopilaciones de interesantes ciclos como *Literatura en Aragón*, coordinado por Aurora Egido (CAMPZAR, 1984). Y que, al lado de investigaciones de carácter general o relativas a autores y obras (*Letras aragonesas [siglos XIX y XX]*, de José-Carlos Mainer), se analicen e investiguen casos concretos (*Grandes escritores aragoneses en la narrativa del XX*, de Manuel Andújar, Heraldo, 1981). La autoestima comienza a funcionar y, por tanto, se está abonando el territorio, cada vez más propicio al préstamo de apoyo para los creadores. Es un anuncio de lo que sucederá, no en el ritmo deseable, durante la década de los 90.

Este mismo repaso, tal como apuntan José Luis Acín y José Luis Melero en el artículo citado,³⁰ refleja que la edición institucional adquiere «un desarrollo espectacular» en los 80. No obstante, se trata de un desarrollo que no surge de la nada. Por lo general, las instituciones más sobresalientes (IFC, IEA, IET...) llevan tras sus espaldas una labor ininterrumpida desde las primeras décadas de la posguerra, una labor centrada en lo aragonés que, al calor de la autonomía, tomará mayor fuerza y empuje. Al caer la iniciativa privada de *Librería General*, *Guara*, *Heraldo*³¹ —por motivos como los ya comentados de planificación de mercado e inexistencia de base

²⁸ «16 poetas del Ebro», en *Peña Labra* [Santander], 42 (1981-1982), por Ana María Navales. Es la única recopilación que traspasa fronteras. El resto posee un radio de acción muy reducido, de autoconsumo. *Antología de poetas noveles aragoneses* (J. L. Alegre, Ayuntamiento de Zaragoza, 1981), *Los placeres permitidos. Joven poesía aragonesa* (Á. Guinda, Olifante, 1987), *Penúltimos poetas en Aragón* (T. Ruiz Marcellán, Diputación de Zaragoza, 1989), «*Rerum Novarum*. Antología de poetas aragoneses», en *Rolde*, 46-47.

²⁹ Piénsese en *La línea y el tránsito (Monografías de cultura aragonesa)*, IFC, 1990, monografías que antes fueron publicadas en el periódico *El Día*, bajo la dirección de Javier Barreiro.

³⁰ «La edición en Aragón (1975-1997)», *Rolde*, 82-83 (1997-1998), p. 167.

³¹ Nunca hay en ellas un apoyo decidido a la creación pura, sí a la investigación y la recuperación, por lo que nunca debería mencionarse el demagógico sonsonete de «competencia desleal». Las instituciones recogieron originales sin cabida en el espacio de la industria privada, originales que en gran medida, aunque su difusión sea escasísima, ayudaron a concretar la imagen de Aragón, se quiera reconocer o no. Era su obligación, lo cual no significa que tuviera que ser rentable.

lectora—, los autores buscarán cabida a sus originales en lo institucional, que en ese momento absorbe cultura como marca de modernidad y de buen hacer político. Se ha dicho ya: la cultura viste las actuaciones partidistas. Y en esa dirección, junto a la callada tradición apuntada, lo institucional se convierte en editor, ocupando el hueco que deja la iniciativa privada.

Asimismo, otros aspectos deberán tenerse en cuenta a la hora de analizar el crecimiento editor de la Diputación General de Aragón, necesitada en todas las vertientes de un asentamiento en el espíritu de la Comunidad y cuya labor no siempre ha sido bien entendida.

Así, por un lado, la presencia de un Gobierno autónomo exige perseguir y perseverar en pautas propias de comportamiento comunitario y en definir sus marcas diferenciadoras frente a otros territorios españoles, limítrofes o no. Para ello, nada mejor que el uso del ámbito de la cultura, capaz de dejar constancia de tales marcas y comportamientos y también de que estos queden reflejados con rapidez y, además, consigan eco en los medios de comunicación, sin olvidar asimismo la sólida meta de una permanencia cuando menos en un futuro próximo. A ello responde la mayor parte del catálogo de la Diputación General de Aragón, resultado de tesis, ensayos, investigaciones, congresos, publicaciones periódicas, etc., propias de especialistas en todas las esferas de la Comunidad y como resultado de sus propias problemáticas.

El libro es, además, quien mejor cumple con todas estas funciones, sobre todo porque en los años 80 todavía quedan rescoldos de su valor cultural de antaño, aunque tenga ya que luchar denodadamente contra el imparable valor económico y mercantil que hoy día nos define y posee. De ahí nace en gran medida parte de la explicación acerca de su volumen editor y, también, de la labor de guía, al final de la década, en el renacer editorial de Aragón.

Por otro lado, tal como ya se ha citado, el Gobierno autónomo se ve obligado a ocupar el hueco dejado por una iniciativa privada en crisis, una iniciativa casi inexistente que, además de no poder colocar su producción, no consigue calor en un público escasamente habituado a la lectura. Salvo casos muy concretos —Editorial Acribia, por ejemplo, conectada con el mundo universitario y científico, con enorme prestigio— este será el panorama. En consecuencia, durante esta década de esplendor la edición institucional cubrirá todo el espectro imaginable, desde la cultura al medio ambiente, auspiciará revistas especializadas de orientación diversa, recuperará la historia y el patrimonio, buceará en el pasado y en los archivos... Es decir, apenas quedará hueco o parcela que no posea título en su catálogo. Algo semejante sucede con otros organismos de corte oficial como Diputaciones Provinciales, Ayuntamientos, Institutos de Estudios, Colegios Profesionales...

Quizá el resultado más interesante en todos los conceptos en la década sea el logro de una normalización en todos los órdenes de la vida. España acaba de salir del túnel de la dictadura franquista y del aislamiento como país y, en menos de sie-

te años, a pesar de las convulsiones de todo tipo —23-F, por ejemplo—, conseguirá asentar su nueva situación y hermanarse con Europa, sin complejo alguno. La acción, la convulsión y la confusión del posfranquismo y de la «transición» dejan paso a lo cotidiano, a lo normal —subida de la izquierda al poder—, y gracias a ello España entra en la ansiada modernidad occidental. Ya no hay diferencia con el resto de Europa, en cuyos organismos acaba rápidamente integrada (OTAN, Unión Europea). Esta normalización y modernización obligan también a un esfuerzo semejante en el ámbito cultural y editorial, que, tras sufrir reestructuraciones en el sector, aquietta sus aguas y puede dirigirse tranquilamente a la búsqueda de nuevos espacios cada vez más ocupados por el ocio.

En esta situación la novela, marca del ocio por excelencia, sustituirá en los gustos del público, a mediados de la década, al ensayo, marca típica de la reflexión. Es el inicio de la «era del bienestar». La literatura ya no forma parte de un concepto de «oposición», al contrario, se ha integrado en la vida como un factor colateral, individual y, sobre todo, de ocio. A ella acuden los partidos políticos, más como elemento lúdico que como factor de formación, debido a que las labores de recuperación, de reflexión o de búsqueda de la identidad ya se han llevado a cabo hasta los 80 o están finalizando en la primera parte de los mismos.

El comienzo de este cambio se otea cuando se presiente la subida al poder de la izquierda. Y es sintomático que hacia 1981 se den los primeros intentos comerciales de encumbrar la novela como la manifestación de la cultura por excelencia. Un cambio que, además, coincide con el comienzo de la normalización del sector, con una reorganización tendente a la concentración; es decir, con el asentamiento de grandes grupos económicos que buscarán más los dividendos que lo cultural. El beneficio sobrepasa a la cultura. Es el comienzo de la realidad que preside nuestros días, una realidad que se asentará en la novedad, la velocidad y el rendimiento rápido. De ahí que lo joven —«Nueva narrativa»— y lo novedoso se impongan como etiquetas a conseguir y que, a su vez, impongan un río abundante y múltiple de posibilidades, discurriendo veloz —escasa duración en los estantes de las librerías— en busca de lectores amantes de lo lúdico. Un lector apenas asentado, confuso, escasamente reflexivo —ausencia del ensayo o tendencia de este a la suavidad y a la superficialidad— y fácil de convencer ante el aluvión de libros publicados. Libros cada vez más difuminados, tanto en su función literaria como en su condición genérica —se rompen a conciencia las fronteras de los géneros—,³² que deben ser consumidos, cuanto más rápida y abundantemente mejor. Todo un círculo vicioso.

³² La importancia adquirida por la novela en los 80 obligará a otros géneros y a otras esferas de la manifestación cultural a tomar entramados narrativos. De ahí que la historia, la filosofía, etc. tiendan a narrar hechos e ideas bajo esquemas acordes con la pasividad y goce que impone la narrativa de los 80, una narrativa desideologizada, tachada de ligera y ociosa. Estas circunstancias concuerdan con el vértigo de la novedad, la rapidez lectora y la voracidad del consumo.

En Aragón el espejismo de la eclosión editorial surgida en los 70 se rompe hacia 1983. A partir de este año Aragón sufre una travesía del desierto en cuanto a la presencia de empresas editoras, circunstancia aplicable también a otros sustentos, aunque en principio parezca no suceder así. Nos referimos, por ejemplo, al mundo de los premios literarios,³³ que a principios de los 80 aparecen como muy pujantes (un «Ciudad de Barbastro» a la baja, junto a unos débiles y escasamente permanentes «Ciudad de Jaca», «Ciudad de Teruel», «Salduba»...), al soporte de la prensa (*Andalán*, *El Día de Aragón*) o al de las revistas grupales o casi marginales, propias de pequeños focos universitarios o de gentes interesadas por la cultura. En parte hundidas y desaparecidas las editoriales,³⁴ lo anterior constituye el único mirador para la creación aragonesa. Ni siquiera el tradicional mundo de las revistas literarias alcanza la dimensión desempeñada en épocas precedentes. *Turia* (nº 0, 1983) se muestra como la única y solitaria estructura con valor en la década, pero su renacimiento se produce ya en la mitad de los 80 (nº 1, 1985).

Pese a todo ello, la década será decisiva para la creación. Aun sin soportes que los difundan —cabe mencionar los suplementos literarios y secciones de cultura de *Heraldo*, *El Día* o *El Periódico*—, se produce un aumento cuantitativo de autores.³⁵ Aragón, a mediados de los 80, no posee ninguna editorial digna de mención en el terreno creativo, con peso y capaz de hacer sentir una sensación de sacar a flote la producción de tal aumento. Y, sin embargo, afloran nombres en abundancia que, en ocasiones, se encaraman al panorama nacional. No cabe duda de que la novela está de moda y que ayuda en el esfuerzo y perseverancia de los autores aragoneses surgidos en la década. También ayudan el reconocimiento y triunfo —premios o edición en editoras nacionales— de los Tomeo, Soledad Puértolas, Moncada, Lalana, Latorre, Martínez de Pisón o, entre otros, Conget. Ellos son el ejemplo del «iceberg» creativo existente en el territorio aragonés y que, en parte, verá la luz a lo largo de la década siguiente. La mayoría de los citados emigraron a otras tierras más ricas en estructuras, algo ya tradicional, aunque el grueso permanece, alimentando y potenciando el fuego de un clima más literario frente al típico de épocas anteriores. En los 80, varias generaciones comparten este clima, desde Ildelfonso-Manuel Gil, miembro de la generación de 1936, hasta los nacidos en los años 60. Premios, editoriales catalanas o madrileñas, repercusión de los suplementos literarios... son algunas de las bases lógicas para tal abundancia. Asimismo debe reconocerse la labor de la IFC, dirigida Ildelfonso-Manuel Gil, que crea y remoja sus colecciones de

³³ No sucede así con la labor de otros premios menores como «Relatos Ciudad de Zaragoza» o «Isabel de Portugal».

³⁴ En otras Comunidades Autónomas semejantes a la aragonesa los autores poseen soporte institucional de gran calado: colección «Barrio de Maravillas» en Castilla y León, Editoria Regional de Extremadura, Editora Regional de Murcia, por ejemplo.

³⁵ J. L. Rodríguez García, J. Delgado, J. Sebastián, J. Sánchez Vallés, A. Castro, R. Acín, J. Barreiro, F. Marín, F. Teira, A. Ayuso...

creación («Isabel de Portugal») y es el lugar donde publican algunos escritores que después ocuparán la actualidad narrativa. Labor similar llevará a cabo «La gruta de las palabras», dirigida en sus inicios por José Luis Rodríguez. Y poco más.

Solamente al filo de los 90 el sector editorial comenzará a renovarse en lo relativo al apoyo a la creación. Del año 1989 son los primeros títulos de la colección «Veruela» (Diputación Provincial de Zaragoza, poesía), «Cancana» (Lola Editorial, poesía) y el interés por una programación en torno a la recuperación facsimilar de todas las revistas literarias aragonesas (DGA). También de este año, aunque se publiquen en 1990, es el diseño de *Máscaras para un espacio. Huesca en la narrativa de hoy* y de *Estrategias de la memoria. Zaragoza en la narrativa de hoy* (Diputaciones de Huesca y Zaragoza, respectivamente), antologías de autores aragoneses y no aragoneses que, con el territorio como motivo literario, sirven para certificar el aumento cuantitativo de la creación narrativa durante la década. Sin embargo, lo más interesante reside en la toma de conciencia que contiene la mayor parte de los textos introductorios con los que se acompañan ambas antologías. Son textos que, al tiempo que recuperan y ejercen la retrospectiva, analizan las realidades y la historia de estructuras editoriales de la Comunidad Aragonesa, un auténtico pulso y un ejemplo necesario de autoestima.

La década se cierra con un aumento de autores que se traduce también en una mayor presencia de estos en el panorama nacional, con una sensación de vida literaria posible y, sobre todo, con la evidente necesidad de crear infraestructuras a la creación, circunstancia esta última que quedará manifiestamente llevada a la práctica cuando, en 1991, aparezca «Crónicas del Alba», colección de letras auspiciada por el Gobierno de Aragón.

LOS 90: DÉCADA DE LA ABUNDANCIA

Los años 90, confrontados con épocas precedentes, parecen ser la década prodigiosa para la edición en Aragón. En ella se produce una eclosión que puede rastrearse en todos los frentes imaginables: institucional, entidades financieras, empresa privada, círculos universitarios, revistas, conferencias, ciclos... Todos ellos hablan de una aparente buena salud cultural, traducida en respuesta editorial. Además, conforme transcurre la década, parece también que el panorama editor se aclara, asimilándose al resto de la península y al discurrir habitual de otros sectores, si bien se evidencia que su empuje, en ambos casos, deja mucho que desear porque nunca alcanza cotas de altura.

En parte esta falta de empuje con respecto a otras actividades y, también, con respecto a sus empresas homólogas en España puede explicarse por lo tardío de su eclosión. Cuando esta se produce, a principios de los 90, ya se ha iniciado el enfriamiento de la cultura asentada en los soportes escritos —frente, entre otros, a la fuerte aparición y significación de la imagen: piénsese en la valoración del cine, en el im-

pacto de Internet o similares—, que afecta en gran medida a la novela, género triunfante en los 80. Si se analizan datos de edición y se comparan con los habidos en la segunda mitad de la década precedente se observa que, en realidad, se está produciendo una recesión progresiva, aunque el número de títulos aumente año tras año. El descenso de ejemplares en las tiradas evidencia una crisis latente que está enmascarada por el aumento de títulos. ¿Se editan más libros o más títulos? La respuesta lleva directamente a aspectos de carácter económico para el sector, cada vez más concentrado y globalizado.

En esta circunstancia tan evidente se produce el renacer editorial en Aragón, que, además de muy diversificado e individualizado, en el terreno cultural apuesta preferentemente por la creación narrativa cuando esta ya ha tenido su momento de gloria. En una palabra, la incorporación a destiempo conlleva el impacto de esta serie de nuevas circunstancias —territorio reducido, poca movilidad, reducción de la tirada, escasez de beneficios, etc.—, circunstancias que frenarán el empuje necesario para la existencia de un verdadero sector, aunque su presencia suponga atisbar un aspecto positivo: la publicación de la creación literaria de autores aragoneses.

Con todo, los 90 se abren con fervor. Al principio, las instituciones siguen con un ritmo editorial abundante, fieles a dos principios característicos de su laborar en la década precedente —concepto de adorno cultural y necesidad de asentar las bases de la Comunidad Autónoma—, pero, paulatinamente, irán disminuyendo hasta un languidecer en las proximidades del 2000. Salvo los Institutos de Estudios Altoaragoneses y Turolenses o la IFC, los gabinetes y servicios de publicaciones institucionales se reducirán, cada vez más, a la simple conmemoración de centenarios o a la atención de publicaciones de carácter muy puntual o de radio lector muy concreto, dejando hueco a la iniciativa privada para que desarrolle una industria editorial. Por su parte, las entidades financieras, además de su apoyo a muestras de pintura o de imagen, se especializarán en aspectos muy concretos —Cine en la CAI, por ejemplo— y de difícil salida en las pequeñas editoriales que surgen en la década.

Sin embargo, hasta llegar a este comentado languidecer o a la irrupción del dinero privado, todavía el mundo institucional llevará a cabo un trabajo que debe ser destacado. La década anterior, tal como se ha apuntado, se cierra con una atonía preocupante en el ámbito de la edición. En la panorámica de la cultura son escasos los cauces existentes y, cuando así sucede, malviven o se mantienen, al menos en el ámbito de la creación, mediante apoyos no propios del sector —le sucederá a Oli-fante, sostenida por Ibercaja—. No existen, por tanto, auténticos soportes. De ahí que a finales de 1989 y principios de 1990 se fragüe (aparecerán sus cinco primeros títulos en 1991), al abrigo del Gobierno de Aragón, la colección «Crónicas del Alba», una colección que marca el posible camino a seguir y que pronto va a ser imitado. A este natalicio debe añadirse también el aumento de novelas, ensayos y trabajos con autor aragonés que, en esas fechas, se publican en editoras catalanas y madrileñas (en narrativa, Tomeo, Soledad Puértolas, Latorre, Martínez de Pisón, Moncada,

Ana María Navales, Teira Cubel o Lalana, por ejemplo). O también la progresión cuantitativa y de calidad en algunos autores con repercusión en los medios de comunicación. Y, finalmente, el clima creativo y cultural asentado en una autoestima cada vez más creciente, un clima que se traduce asimismo en el asentamiento definitivo de la revista *Turia* y en el nacimiento de la revista de letras *El Bosque* (1992). Ambas traspasan fronteras consiguiendo eco en el territorio nacional e internacional. En el último tramo de la década, además de un pulular de revistas con radio de acción reducido —algunas de interés, como *El Híbrido*— y desaparecida *El Bosque*, el relevo será tomado primero por *La Expedición*, bella y sistemática, y después por travesías muy diversas pero llenas de rigor, con carácter y gran interés cultural y literario: *Trébede* (1997), *Almunia* (1998), *Riff-Raff* (1999), *La Duda* (1999).

«Crónicas del Alba» ayudará a sentar el clima de autoestima necesario cuando la iniciativa sea recogida por los medios de comunicación y repercuta en el exterior. Fue el acicate para que la empresa privada entrase en acción. A partir de ese momento, los nacimientos se suceden con rapidez y con mayor consistencia de empresa si los comparamos con épocas precedentes. Mira Editorial, Xordica, Zócalo, Gara d'Edicions, Certeza, López Alcoitia, Egido, Pirineos, Cremallo Ediciones, Prames, Una-Luna, Alcaraván, Libros del Innombrable, Yalde... son algunas de las apariciones que comparten espacio con las ya existentes, también de factura muy reciente, como *La Val de Onsera*, *Crítica 2(mil)*, *Olifante...*, agonizantes o no. Lo más interesante reside en que, por lo general, permanecen aún en el panorama aragonés (Mira, 1994; Xordica, 1996; Zócalo, 1996, etc.).

Junto a estas incorporaciones de la industria editorial es indispensable observar el progresivo aumento de autores jóvenes (Romeo, Ángela Labordeta, Grasa, Pilar Nasarre, Gistaín, García Valiño, Castán, Vílchez) y la abundante aparición de otros menos jóvenes y ocultos hasta el momento (Magdalena Lasala, Giménez Corbatón, Ángeles de Irisarri, Pilar Navarrete, Altarriba...) que, desde Aragón o desde su lugar de residencia, saltarán a los centros de la edición española (Anagrama, Lumen, Destino, Calima, Huerga & Fierro, Libertarias, Mario Muchnik) llenando de densidad y de valoración el clima literario en Aragón.

Sin embargo, esta efervescencia creativa y editorial debe ser analizada con precaución. Quizás, de momento, el tiempo no ha ejercido todavía su necesaria labor de criba y filtro y, con la cantidad como bandera, brille el espejismo. La década de la abundancia puede llevarnos a considerar la apariencia como una realidad, no dejando otear el estado de la cuestión. Es evidente que existen soportes y, también, que nadie puede negar que los autores existen. Pero otra realidad muy diferente es que todo ello y todos ellos deben traducirse en cultura, en literatura y en mundos narrativos.

Una editorial es una empresa que, como mínimo en tiempos de velocidad como los actuales, debe poseer miras de futuro y apoyar a la Cultura —con mayúsculas—, por tímido que sea el apoyo. Desde este punto de vista, aunque hoy día todo esté ya rodeado de mercado y dependamos inevitablemente de él, no debe olvidar-

se nunca el terreno que se pisa puesto que, de no ser así, el avance a conseguir puede quedar reducido, más tarde o más temprano, a un simple intento; otro más, quizá similar a los muchos observados en esta retrospectiva.

En gran medida, al analizar el conjunto de las editoriales mencionadas, se observan ciertos conceptos no del todo beneficiosos. Dejando a un lado los «extraños» sistemas de contratación de originales que algunas practican —es más loable y decorosa la autoedición—, sorprende especialmente la simbiosis y el *amateurismo*. En ocasiones la simbiosis mencionada proviene de esquemas ya ensayados en el pasado y conecta, por tanto, con una tradición literaria que, en principio, funciona aunque su ámbito sea reducido. A este esquema responderían uniones como revista-editorial (Cremallo/Trébede, por ejemplo) o librería/editorial (casos de Mira, Pirineos o Certeza).

En un mundo globalizado y concentrado, a pesar del abaratamiento de costes, de la facilidad que proporcionan los avances informáticos y de la nueva concepción del libro en la sociedad, el editor debe serlo de verdad. Y ello, cuando menos, supone una visión de negocio en el ámbito cultural; es decir, una combinación de cultura y dividendos, sin que la calidad merme por ello o, al menos, no en demasía. Supone también inversión de capital con esquema de mercado; es decir, una planificación de continuidad junto a una búsqueda de una franja de público lector, un hueco editorial y, sobre todo, coherencia en el catálogo. Y, entre otras cosas, finalmente supone posproducción, seguimiento y defensa del producto editado, que hoy día no puede valerse por sí mismo dada la saturación del mercado. Editar ya no es el antiguo publicar. Editar es entrar de lleno en la dificultosa batalla de la posproducción en un mundo de productos perecederos o de muy corta vida. Como lo es el libro. Un libro sin posproducción es un libro que nace muerto y para ello no valen los voluntarismos ni la postura *amateur* y, escasamente también, las fórmulas provenientes de la tradición. Mucho menos, por supuesto, su simple visión como puro negocio, sin su parte cultural.

La novedad, la rapidez, la saturación, las dentelladas del mercado... matan incluso antes de que el libro haya visto la luz. Se impone entrar en el «ruido» —medios de comunicación—, abarcar territorios más allá de las fronteras de la Comunidad, permanecer en las estanterías y, además, no bajar el renglón de la calidad para no engañar al lector, que, aunque confuso, tiende a recordar.

En todo ello, el *poderoso caballero don Dinero* tiene mucho que decir. La clave está en que lo que diga se haga con calidad detrás. En suma, todos los intentos de edición que no contemplen con rigor lo anterior están destinados a una muerte segura, aunque de momento puedan caminar. No basta con ser una referencia puntual, una incursión en el tiempo o un pequeño mordisco al negocio, porque pronto el color de lo macilento se unirá a la ineficacia. Y en ella, desde el escritor a la Comunidad, todos los agentes de la cultura nos jugamos mucho.

Por su parte, los autores deben tener conciencia de serlo. Primero, con respecto a la calidad, medida por lectores literarios y no proveniente de la confusión

impuesta por la vertiente del negocio. Segundo, al perseverar en la condición de escritor, creando y construyendo un universo narrativo, un mundo que nada tiene que ver con lo efímero, la moda, la fama o la financiación. Ser creador no es lo mismo que escribidor. La literatura, la creación no solo debe recalar en la autocomplacencia o en el entusiasmo sentido de ver el nombre en la cubierta de un libro, a pesar de los tiempos de saldo en los que vivimos.

Ante lo anterior, simple apunte, la década de la abundancia editorial en Aragón, con ser clave, tiende más hacia el espejismo que hacia la concreción de una panorámica cultural y creativa real. La autoestima, bastante consolidada, todavía debe afianzarse más, pero al hacerlo sus pilares tienen que aparecer muy perfilados y asentados. Como mínimo no deben sedimentarse únicamente en la fragilidad e inestabilidad del «ruido» ni caer en el decorado y el vacuo oropel. Con lo último se podrá vender, pero ¿cuánto de lo vendido se leerá? y, si es así, ¿profundizará ese lector escarmentado en su hábito lector o saldrá despavorido? *Pan para hoy y hambre para mañana* es un sabio refrán.

Se ha apuntado que la colección «Crónicas del Alba» marca el inicio del estallido editorial, que en ese inicio llevó a cabo una combinación de autores de épocas diversas —pasado y presente—, residentes en Aragón o no —concepto de Comunidad—, y también que permitió creer en un clima literario de autoestima. Funcionó como el escaparate que permitió mirar desde el presente hacia el futuro sin olvidar el pasado. De ahí que, a continuación, la euforia se disparase con Mira, Xordica y Zócalo, ahondando, cada uno a su manera, en la creación narrativa y posibilitando la creencia de una fuerte creatividad literaria en Aragón. Y también que esta se encontraba en un nivel muy semejante a la del resto del país. Lo más positivo es que el estallido de euforia propició el salto de algunos escritores recién aparecidos a sellos nacionales (Castán, Ángela Labordeta, García Valiño, Ángeles de Irisarri, Gistaín, por ejemplo), una euforia que también se tradujo en consecución de premios por autores aragoneses («Torrente Ballester» por Martínez de Pisón, «Ayala» por Sánchez Vallés, «Femenino Singular» por Ángeles de Irisarri, «Constitución» por Pilar Navarrete, «José María Pereda» por García Valiño, «Prensa Canaria» por Marín...) y en la progresiva y continuada trayectoria de otros autores (Teira Cubel, Giménez Corbatón, Frisón, Pilar Nasarre, Rodríguez García, Castro, etc.) en sellos editores nacionales, además del mantenimiento en la cumbre o en la cómoda zona intermedia del mundo de la edición de los Tomeo, Latorre, Moncada, Lalana, Soledad Puértolas, entre otros.

No obstante, en general, al observar los catálogos de las editoriales aragonesas conforme transcurre la década lo más sorprendente radica en la excesiva elasticidad y el excesivo rendimiento a lo meramente mercantil, a lo puntual y a la moda, factores algunos muy en consonancia con la época. La resultante más general es que la cantidad se superpone a la calidad y que lo económico pasa a tener consideración de literario, aspecto este último que, en ocasiones, ni existe, en especial cuando el tirón de ventas cuenta más que la obra —prestigio profesional extraño a la literatura, estrategia editorial o similares—, siguiendo solo malos ejemplos de grandes editoras.

Con todo, el resumen, asumida la condición de espejismo, tiende a ser benéfico. Algunas editoriales se especializan y logran mantenerse con decoro como rara avis en un mundo editor, concentrado y globalizado que ocupa todas las superficies de venta —por ejemplo, La Val de Onsera, con sus libros de viaje, gastronomía y autores/obras de finales del XIX y principios del XX; Gara d'Edicions, con sus versiones al «aragonés» de obras claves o de obras muy leídas, o Alcaraván, en su especialización didáctica—. Otras explotan con dignidad el territorio de la narrativa «no comercial» dado que apenas pueden disputar autores al grueso editor, en manos de los grupos económicos globalizados —Xordica, Zócalo, Los Libros del Innombrable, la colección «Las Tres Sorores»—, sin que ello signifique reducirse a una creatividad marcada por las lindes del territorio. La combinación de autores aragoneses con otros provenientes de otras latitudes, además de mostrar una condición universal de editor, viene a ser el arma adecuada y con eco en los medios de comunicación, llegando al lector. Otras prefieren mirar al interior de Aragón y reducir su espacio de impacto, apoyadas en gran medida por industrias dinamizadoras del libro (caso de Mira, Pirineos y Certeza, que cuentan con el apoyo de librerías). Y, finalmente, se observa también la existencia de editoriales de carácter puntual, algunas de menor constancia en su ritmo editor y otras que apuestan por la amplitud cultural frente a lo específicamente literario. Todas ellas desarrollan una labor permanente, una planificación y un catálogo que, en mayor o menor medida, abogan por su permanencia editora y por la presencia de esta industria cultural en Aragón.

Junto a esta ebullición es, por el contrario, manifiesta la caída de otros soportes tradicionales de la literatura y, en especial, de la novela. Los años 90 han sido nefastos en el territorio de los premios, que en su mayor parte desaparecen. Los que permanecen todavía mantienen bandas de influencia mínimas, circunscritas por lo general al territorio —«Isabel de Portugal»— o de muy poca repercusión —«Villa de Benasque», «Ciudad de Zaragoza»—, pese a su solera, al no conllevar la publicación o una publicación acorde —publicaciones institucionales sin distribución ni posproducción—. Tan solo el «Ciudad de Barbastro», el más veterano, con una lenta mejoría después del derrumbe experimentado durante los primeros años de la década, o el premio dependiente del Instituto de Estudios Turolenses y *Turia* poseen alguna repercusión. Tal vez su bajo montante económico, dada esta época en la que el dinero manda, constituya parte de la explicación a tan exigua funcionalidad. Además, hoy día la cultura escrita ha perdido fuerza y empaque frente a otros signos de prestigio —para la ciudad o entidad convocante—, aspecto este que, en realidad, subyace en el subsuelo de cualquier premio. Tampoco debe obviarse la carcoma de falsedad con la que el mercado los ha envuelto.³⁶

³⁶ «Desde que las editoriales descubrieron que, una vez consolidada la fama del premio [...] daba igual otorgárselo a Cervantes que a un niño de teta, los "autores serios" tuvieron que padecer una mengua en su precaria situación». Véase S. ALONSO, J. C. PEINADO y E. PERAL, «Tiempo de saldo en la narrativa española», *Reseña*, 300, pp. 7-10.

Similar trayectoria parece seguir también otro de los tradicionales compañeros de viaje cultural o soportes de la edición. Pero su importancia no radica en su inexistencia sino en su efectividad. Las revistas aragonesas de los 90 apenas consiguen saltar fronteras y captar la atención de los grandes medios, aunque abunden los intentos y las travesías emprendidas hayan ganado en calidad y condición. Dejando aparte las revistas grupales y juveniles, de escaso radio de acción —aunque importantes por ser territorio adecuado para velar armas o para mantener encendida la llama literaria; *El Híbrido*, por ejemplo—, los 90 han sido abundantes en revistas. Pero también en óbitos. Unas por su dependencia de voluntarismos, lo que les hace estar sujetas a una damocliana desaparición a nada que el cansancio acaba con el entusiasmo. Otras porque, por ser escaparate institucional, conllevan la muerte cuando el mecenas de turno pierde su podio. No obstante, dejando a un lado su mayor o menor persistencia en el tiempo, en la década debe destacarse la labor cultural y el apoyo literario de la veterana *Turia*, *Tropelias* (Túa Blesa, Universidad de Zaragoza), *España Contemporánea* (J.-C. Mainer, Universidad de Zaragoza / S. Amell, Ohio State University), *El Bosque* (12 números, 1992-1996), *La Expedición* (A. Ayuso / Fernando Sanmartín)... y más recientemente *Riff-Raff* (L. Beltrán / J. L. Rodríguez, Universidad de Zaragoza) o *La Duda*. Junto a ellas destacan también *Rolde* (RENA), con sus apuestas literarias, y *Trébede*, con una visión amplia de la cultura combinada con la información, el reportaje y la recuperación reflexivos.

Quedaría finalmente por citar la labor de los periódicos y sus suplementos culturales. A grandes rasgos, se observa una reducción de las páginas dedicadas a cultura, mezclada con «espectáculos» —aumento de valoración del cine— y tendente más a lo noticioso —centenarios— y puntual —patrimonio, etc.— que a una labor de corte cultural. Por otra parte, las críticas literarias de los suplementos, último bastión reflexivo, adquieren cada vez más el valor de una reseña publicitaria o promocional. El factor noticia, la novedad y la rapidez han desalojado a la reflexión y a la crítica, tan necesarias para el avance de la creatividad. Vivir el hoy lo mejor posible en tiempos de saldo concuerda con la pasividad y la diversión.

DOS REFLEXIONES AL MARGEN

1. Decía Jorge Luis Borges que, de «los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y la imaginación». La cita viene a cuento de la memoria y la imaginación.

Memoria e imaginación: Aprendemos del pasado y avanzamos hacia el futuro. Un pueblo sin memoria es un pueblo muerto. Y un pueblo sin imaginación no tiene futuro. El libro garantiza, mejor que cualquier otro instrumento, ambas cosas, pues es aprendizaje y reflejo. Además los libros son los instrumentos que posibilitan la pervivencia de los valores universales y humanos, precisamente en un mo-

mento en el que esos valores o frisos universales están en decadencia al primar únicamente lo utilitario. Un pueblo que no crea o que no lee o que no imagina/investiga no será sujeto de su desarrollo, es decir, de su futuro. Un pueblo que no lee, no crea, no investiga tampoco podrá elegir. Únicamente le queda el aceptar lo que otros le proponen/imponen. A la vista de la retrospectiva que precede a esta reflexión, pese a lo conseguido, el panorama es bastante sombrío.

2. Ante este estado de la cuestión sobre la edición en Aragón, recuperadas la idiosincrasia y las marcas de Comunidad, conseguida una cierta autoestima creativa y vital, queda dar el siguiente paso, un paso trascendental que se asienta en una serie de mínimos para la edición, increíblemente no perseguidos por sus agentes. Citemos los más simples y menos costosos:

—Si no existe un catálogo general de la producción editorial aragonesa, ¿cómo vamos a traspasar fronteras? Este sería el eje más claro a desarrollar por un Gobierno autónomo de verdad, creyente en su concepción de país/comunidad: la creación de un catálogo, renovado anualmente, que sirviese como apoyo a los editores en ferias, encuentros nacionales e internacionales, etc. Sobra la cultura escaparate, lánguida y sin miras de futuro.

—No existe una biblioteca institucional que acoja, guarde y difunda todo lo publicado en Aragón y lo ofrezca al exterior por medio de intercambios de volúmenes, experiencias editoras, experiencias lectoras... Su existencia podría ramificarse al compás de sus oficinas en Madrid o la Unión Europea.

—No existe un catálogo ni una biblioteca sobre publicaciones aragonesas —o sobre temas y autores aragoneses—, editadas dentro y fuera de Aragón, en España o en el extranjero. No solo no sabemos defender lo propio dentro de Aragón sino que, además, obviamos todo lo que de nuestras gentes y de nuestras tierras se escribe.

—No hay un gremio unido, fuerte y competitivo que pueda atender incluso trabajo de otras zonas limítrofes y a medio camino de centros fuertes y de otros potenciales —especialmente Francia, por los bajos costes—. La miopía, el mirarse el ombligo y un individualismo mal entendido son su carcoma.

—No hay apoyo a la divulgación de lo editado. Y, lo poco que existe, está mal orientado. Los apoyos a la edición actuales son migajas vistas desde parámetros de cortedad económica. El apoyo debe ser al editor, al autor y al divulgador. Y ello constituye aceptar la presencia de entidades foráneas que apuestan por autores y creaciones aragoneses. La mera compra de libros es jugar con la miseria.

—Y, entre otras, no hay correa de transmisión entre los diversos componentes del sector cultural: ni asociaciones de escritores ni conexiones con la administración ni encuentros... Solo un feroz —y, además, montaraz— individualismo.